

06.

Una modesta torre de palitos

Manuel J. Castillo, el superintendente general de la constructora Consorcio Caribe, estaba habituado a recibir las más extrañas instrucciones de la oficina de Infratur en México. Como responsable de las obras iniciales de Cancún, su lista de pendientes incluía un puente de madera sobre el canal Nichupté, el trazo de un bulevar de cuatro carriles sobre el lecho de la laguna y, desde luego, el remozamiento de un aeropuerto abandonado en plena selva. El pliego que ahora tenía sobre su escritorio, sin embargo, lo instruía a levantar un edificio que ni siquiera había imaginado: una torre de control. La estructura debía situarse a la vera de la aeropista Puerto Juárez, con el propósito de regular un tráfico aéreo que, por supuesto, en ese momento era inexistente.

Castillo compartió los planos con su segundo de a bordo, Rafael Lara: “Las especificaciones indicaban una estructura de acero forrada de concreto, con recubrimientos de lámina galvanizada, y una escalera perimetral soldada al cuerpo principal. Era lo correcto, técnicamente era impecable, pero la varilla y el concreto eran lujos que no teníamos. Así que tuvimos que optar por la única solución posible: hacerla de madera.”

Agrega Lara: “En la selva se consiguieron cuatro vigas de zapote, una madera durísima, de 12 metros de largo. Dos de ellas se enterraron en el piso. Con eso se armó la estructura, uniendo las vigas con troncos transversales, también de zapote. En la parte superior se colocó la caseta del operador y, como una aportación local, se remató con un techo de palapa. Se veía muy pintoresca.”

PÁGINA OPUESTA:

Los planos originales de la torre de control, con instrucciones para hacerla de cemento y acero. Los encargados del proyecto decidieron hacerla de zapote y palapa para salir del paso, pero crearon un edificio que se ha ido convirtiendo en el símbolo de la ciudad.

En principio la estructura era hueca, pero alguien sugirió forrarla de tableros de nacax, unas delgadas varas cilíndricas de madera suave, que los mayas utilizan como muros en sus viviendas y que, colocadas también en forma transversal, le dieron una apariencia grácil y elegante.

Continúa Lara: “La torre la construyó un palapero de Valladolid, que se llamaba Julián Espadas. Su segundo de a bordo, el maestro de obras, se llamaba Esteban, pero le decíamos *El cuarto bate*, porque era malísimo para jugar beisbol. Pero su trabajo con el zapote era soberbio.”

Abunda Javier Solórzano, quien desde México participó en el diseño de la estructura: “La torre tenía doce metros de altura, suficientes para superar la selva y tener visión sobre toda la pista. La base era de cinco por cinco, y remataba en una plataforma de tres por tres, sobre la cual se instalaba la caseta. La escalera era perimetral, y nos costó mucho trabajo calcularla, porque los tramos se van reduciendo con la altura. De cualquier modo, los carpinteros la hicieron a su manera, no respetaron los peraltes, como que interpretaron a su modo el proyecto.”

Lara comenta: “Es cierto lo que dice Solórzano, los escalones no quedaron parejos. En realidad, toda la torre fue una interpretación de los planos, una adaptación con lo que había. De alguna forma, fue una solución ingeniosa.”

Testigo presencial de todo el lance, comentaba años después Sigfrido Paz Paredes: “Realmente no era una torre de control. No tenía radar, ni instrumentos de navegación. El único aparato con que contaba era un radio, que le pedimos prestado al aeropuerto de Mérida. También se instalaron instrumentos para medir la lluvia y el viento, así que podríamos decir que fue la primera estación meteorológica.”

Aunque hay versiones encontradas sobre su ubicación exacta, todo indica que la torre original se asentó en el predio que hoy ocupa el restaurante California, sobre la avenida Kabah (en el estacionamiento de Comercial Mexicana), muy cerca de la terminal y no muy lejos del cenote.

Como sea, la torre se armó en un tiempo récord, probablemente un mes o seis semanas, pues estaba lista a finales de diciembre del 71 o a principios de enero del 72. Nadie lo recuerda con exactitud, como nadie recuerda cuál fue el vuelo inaugural. Simplemente terminaron las obras, dieron aviso a México, y con alguna regularidad empezaron a llegar visitantes desde el cielo.

Pero un edificio así no podía pasar desapercibido. En palabras de Paz Paredes: “La torre se volvió muy popular. Todos los visitantes le tomaban foto, era motivo de conversación, no la podías ignorar. Además, coincidía con la imagen de destino exótico que queríamos vender. Aun en el mundo de la aviación, llamaba la atención por su originalidad.”

No por largo tiempo. En marzo de 1975, la aeropista fue sustituida por un aeropuerto hecho y derecho, y la torre perdió su razón de ser.



ARCHIVO HISTÓRICO DE CANCÚN

Alejandro Ramos.



Abandonada, fuera de lugar, la olvidaron hasta los mismos pioneros, que no protestaron cuando los bulldozers de Fonatur llegaron para convertir la autopista en avenida. Sin testigos, la orgullosa torre debió terminar reducida a leña.

El extraordinario contraste entre la arquitectura de la selva y los pájaros de acero.



A finales del año 2000, quince años después de la aparición de la *Fantasia de banqueros*, el político perredista Alejandro Ramos me propuso construir una réplica de la vieja torre del aeropuerto, como un símbolo de los orígenes de la ciudad. Vamos a hacerla igualita a la que sale en tu libro, planteó (en referencia a la foto que aparece en la página 56).

Explica Ramos: “Cuando yo era niño, solíamos ir a jugar al viejo aeropuerto, que ya estaba abandonado: montábamos bicicleta, corríamos papalotes, y ahí estaba la torre, abandonada, inservible, pero imponente. En ese entonces era la construcción más alta de la ciudad. Y cuando la vi en el libro me surgió la idea: por qué no la volvemos a hacer. Las ciudades necesitan símbolos, un edificio, un faro, lo que sea, y nosotros no teníamos ninguno.”

Juntos platicamos con el constructor Manuel *Chino* Castro, quien había participado en la rehabilitación de la aeropista. Si alguien pone los materiales, se animó el Chino, yo la hago gratis, sin cobrar por mis servicios. Pero hay que ponerle una estructura interior de acero, agregó, para que no se la lleven los huracanes.

El proyecto fue a dar al escritorio de la presidente municipal en turno,



VOZ DEL CARIBE / ARCHIVO HISTÓRICO DE CANCÚN



VOZ DEL CARIBE / ARCHIVO HISTÓRICO DE CANCÚN



VOZ DEL CARIBE / ARCHIVO HISTÓRICO DE CANCÚN



VOZ DEL CARIBE / ARCHIVO HISTÓRICO DE CANCÚN



VOZ DEL CARIBE / ARCHIVO HISTÓRICO DE CANCÚN



VOZ DEL CARIBE / ARCHIVO HISTÓRICO DE CANCÚN

Armar la réplica de la torre consumió varios meses, pero el monumento estuvo listo para el aniversario 31 de la ciudad.

Magaly Achach, quien se entusiasmó con la propuesta, al grado de participar en la elección del sitio. Recuerda Magaly: “Al día siguiente, con el regidor Alejandro Góngora y con el cronista, me fui desde las seis de la mañana a recorrer la ciudad, buscando el emplazamiento adecuado. Evaluamos la glorieta de la López Portillo, donde hay una escultura que odio y que deseaba derribar, así como el parque lateral que se ubica entre avenida La Luna y la Andrés Quintana Roo. Pero al llegar al cruce de la Colosio, que tenía una enorme glorieta en forma de media luna, todos coincidimos que era el sitio perfecto. Además, ahí había estado la aeropista. Iba a quedar en la entrada de Cancún, ahí la vería todo mundo.”

Mas ese espacio no pertenecía al ayuntamiento, sino a Fonatur. Recuerda Ricardo Alvarado, entonces subdirector del Fondo: “La petición de Magaly llegó cuando estábamos terminando la avenida Bonampak, que remata en esa glorieta. Pero no se la podíamos entregar al municipio, porque habíamos detectado una gran caverna en el subsuelo y estábamos haciendo un relleno. Así que llegamos a una solución de

Fernando Martí

compromiso: no les entregamos la glorieta, pero les dimos una carta autorizándolos a construir la torre”.

Partidario desde el primer instante, Alvarado tuvo participación activa en el proyecto: “Yo mismo diseñé el área de jardinería, combinando gravilla y piedra laja, en tonos blancos y negros, de manera que, desde el aire, la plaza que circundaba la torre pareciera la onda de un sonar.”

Superado ese trance, no quedaba más que el escollo económico. Hubo que recurrir a un mecenas privado, en este caso el empresario Jaime Valenzuela, entonces director general de Aerocaribe, quien se abocó a conseguir el patrocinio. Valenzuela rememora: “Me pareció genial que el monumento estuviera vinculado, a la vez, con los materiales de la selva y con las necesidades de la aviación. Así que le propuse al Consejo de la empresa hacer el desembolso. Autorizaron sólo una parte, pero yo estaba tan entusiasmado que de mi bolsa terminé poniendo el resto. Lo digo con mucho orgullo: fue como darle un regalo a Cancún.”

Asegurado el recurso, el *Chino* Castro puso los cimientos en noviembre y, sin prisas pero sin pausas, concluyó la torre el 18 de abril del 2001, dos días antes del Aniversario 31 de Cancún. Fonatur, por su parte, colocó en la plaza un murete frontal, con una leyenda de fecha errónea: *Primer Aeropuerto. Torre de Control. Cancún 1970*. Pero quien le dio su verdadera dimensión al evento fue la alcaldesa Magaly, pues organizó una serie de festejos que incluyeron la instalación del Archivo

La construcción de la réplica ocupó un espacio privilegiado, una amplia glorieta sobre el bulevar que une el aeropuerto con la ciudad.



ARCHIVO HISTÓRICO FONATUR



JOE ROSENTHAL

El logo de la Asociación de Pioneros y su fuente de inspiración, la foto de la batalla de Iwo Jima.

Histórico de Cancún, la inauguración de la avenida Antonio Enríquez Savignac y la apertura de la torre, con una lista de invitados de lujo, que incluía al expresidente Miguel de la Madrid.

Así fue como Cancún contó con el primer monumento en homenaje a su propia historia.



En los siguientes años, la torre empezó a convertirse en un referente urbano, y de paso, en una especie de símbolo de la ciudad. La revista *Pioneros*, fundada en 2003 por el periodista Francisco Verdayes, la incluyó en el logotipo de la publicación, utilizando la misma imagen que apareció en la *Fantasia de banqueros*. Poco después, la Asociación de Pioneros Fundadores de Cancún, organismo que agrupa a algunos de los colonos llegados a principios de los 70, adoptó un emblema alegórico, inspirado en la famosa batalla de Iwo Jima, en la cual un grupo de trabajadores levanta un estandarte con la leyenda Cancún, teniendo como fondo la silueta de la torre. Menos bélico, el logotipo que seleccionó el Comité Organizador de los festejos del 40 Aniversario de la ciudad, con un fondo de palmeras con sol, ostentaba la inconfundible estructura.

Como lo previó el *Chino* Castro, el alma de acero de la torre aguantó sin dificultad los vientos huracanados del *Wilma*, que tan sólo arrancaron una parte del recubrimiento de madera y despeinaron la palapa. Pero no aguantó en el 2008 el embate del huracán Gabriel (Mendicuti), que a golpe de mazo y soplete dismanteló la estructura en pocas horas, para hacer espacio a una obra de tránsito, el Distribuidor Vial.

La destrucción de la torre fue tan súbita que agarró a todo mundo por sorpresa. Desde luego, era del conocimiento público la intención de construir un paso a desnivel, pero nadie supuso que la obra acabaría con la torre, y mucho menos que ésta no fuera preservada,



VOZ DEL CARIBE / ARCHIVO HISTÓRICO DE CANCÚN

La alcaldesa Magaly Achach convocó un elenco estelar para la inauguración de la réplica: Miguel de la Madrid, Enríquez Savignac, Fernández Hurtado y otros ilustres.



El cabezal de la revista *Pioneros* y el logo del 40 Aniversario.

o al menos, reubicada. Ni una advertencia, ni un aviso de cortesía, ya no digamos una consulta pública. El funcionario responsable del atropello, a la sazón secretario de Infraestructura, argumentó que la torre estaba por caerse sola, pero esa débil excusa no hizo sino caldear los ánimos.

La indignación fue generalizada. Varios medios de comunicación protestaron, el primero de todos la revista *Cancuníssimo*, que había usado una fotografía de la torre en la portada posterior al *Wilma*, con la leyenda *De pie*. Explica su director, Vicente Álvarez: “Fuimos los primeros que protestamos, porque quitaron algo que nos identificaba. Y seguimos insistiendo, lo planteamos en el Consejo Editorial, convocamos al cronista, invitamos a los pioneros, a su líder Conchita Castro, a los autores de la réplica. Teníamos que hacer algo.”

Fruto de esa iniciativa, a la postre se formó un comité heterogéneo, que se quejó por carta con el gobernador González Canto, solicitando la reinstalación de la estructura. La misiva exigía que la torre, “símbolo de Cancún, permanezca donde siempre ha estado, en la glorieta del cruce de las avenidas Kabah y Luis Donald Colosio”. Tras los primeros tanteos, el alcalde en turno, Gregorio Sánchez, ofreció una ubicación alternativa, una glorieta ubicada en la salida a Mérida, pero los miembros del comité se opusieron en redondo. La querían en el lugar de siempre.

En medio de esos forcejeos, algunos documentos de la torre original salieron a la luz. Y de rebote, se entabló un debate sobre la paternidad del proyecto. Durante años, el diseño de la primera torre se había atribuido a Manuel *Chino* Castro (quien sin duda construyó la réplica), pero en el ínterin tal honor fue reclamado por el arquitecto Javier Solórzano, quien aportó los planos originales, elaborados en la Ciudad de México por el despacho de los arquitectos Landa. Hay que añadir, como asidero adicional, que la fotografía que apareció en la edición original de *Fantasia de banqueros* pertenecía al archivo de Solórzano.

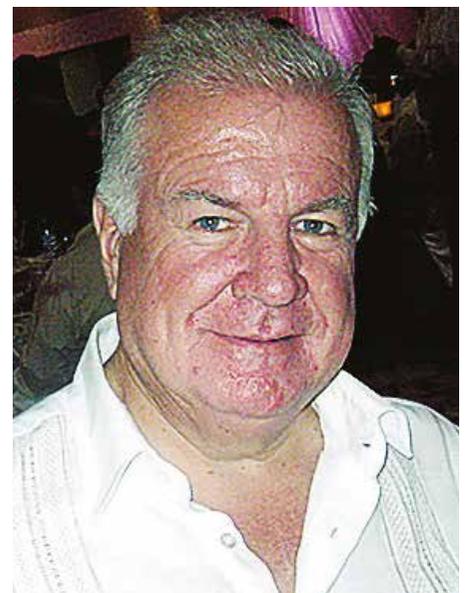


Al final, aburrido por la insistencia del comité, el gobernador González Canto autorizó la reposición de la torre en la sección central del Distribuidor Vial, a pocos metros de donde se encontraba su antecesora. La ejecución de la obra se encomendó al nuevo titular de Infraestructura, Víctor Alcérreca, quien no se tomó la molestia de ubicar los planos originales, y menos aún los de la réplica, sino que hizo su propio diseño, basándose en las escasas fotografías existentes, pero dando más importancia a la fortaleza de los materiales que a la armonía del conjunto.



ARCHIVO HISTÓRICO DE CANCÚN

Ricardo Alvarado.



ARCHIVO HISTÓRICO DE CANCÚN

Jaime Valenzuela.



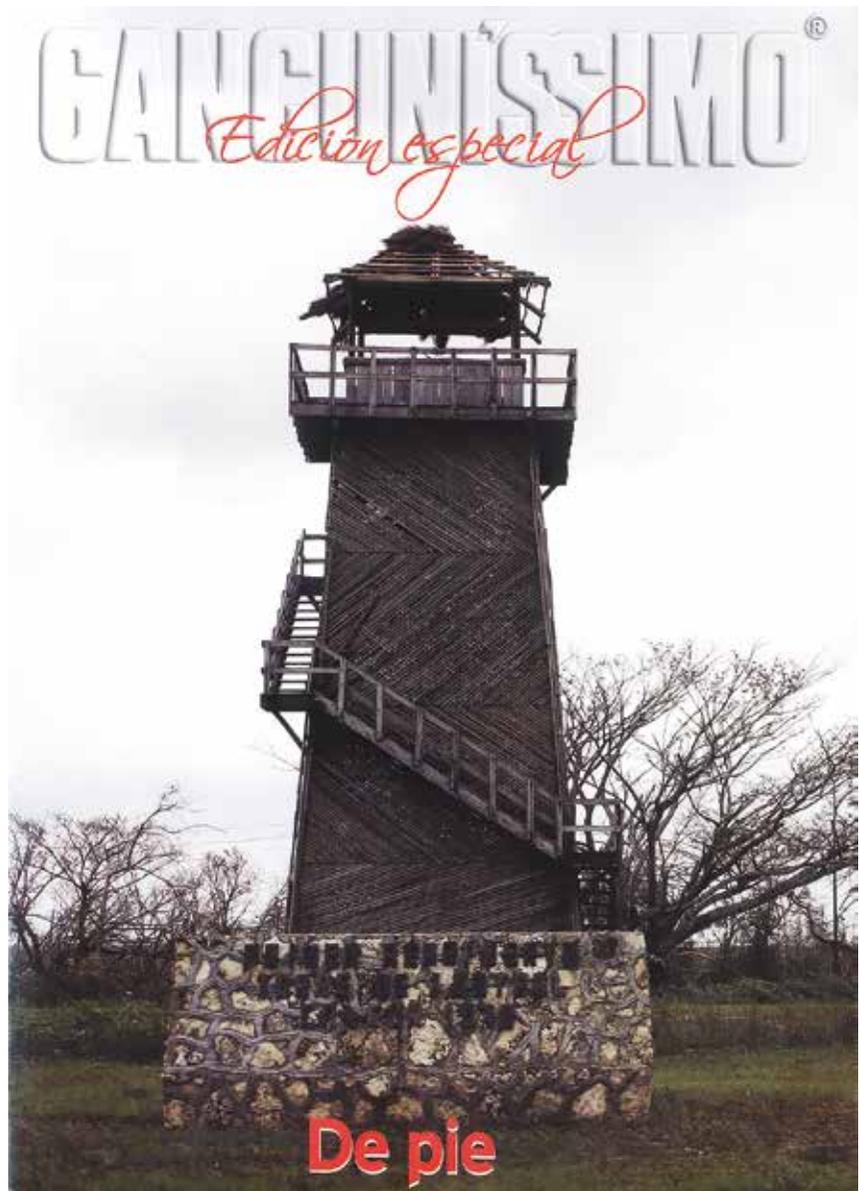
CANCUNISSIMO

Vicente Álvarez.

Recuerda Alcérreca: “No había nada: ni planos, ni partes. Tuvimos que empezar de cero. Por suerte, un contratista habitual del gobierno había participado en la construcción de la réplica, y tenía idea de cómo erigirla.”

El contratista en cuestión resultó ser Juan Manuel del Toro: “Yo hice la estructura metálica de la segunda torre, ya conocía el proyecto. No es un edificio complicado. En dos semanas haces la cimentación, en las dos siguientes levantas la estructura. La retícula de metal la vas armando en el taller, lista para soldar. Lo mismo la madera: los paneles de nacax se hacen en la carpintería y se colocan ya armados. Una vez terminado el cuerpo principal, en pocos días haces la caseta y la palapa. Y no hay instalación eléctrica o hidráulica de qué preocuparse.”

Alcérreca también concibió un proyecto a prueba de meteoros: “El monumento tiene una base de seis por seis, y una altura total de 17 metros,



CANCUNISSIMO

La portada de *Cancuníssimo* después de Wilma.

Fernando Martí

o sea, es algo más grande que la torre original. Para la estructura se usó vigueta IPR, de acero, y la escalera tiene alma de acero, soldada a la torre, de arriba hasta abajo. Para los cimientos, hicimos cuatro dados de concreto, de un metro por lado y dos metros de altura, y los unimos con una doble parrilla de 30 centímetros de espesor. Sobre eso descansará el rodapié de piedra, y luego la estructura metálica. Será una estructura monolítica, capaz de resistir cualquier huracán.”

El resultado es una tercera torre que recuerda a la original, pero mucho más rotunda, más pesada, menos simétrica, y mucho menos rústica. Siendo más alta, se ve más chaparra y chata, sin la esbelta silueta de sus predecesoras. El techo de palapa está muy bajo, y tapa por completo la vista desde la caseta, lo cual sería una anomalía en una torre de control. Pero el yerro mayor es la escalera metálica, que no sólo no guarda las proporciones de la anterior, sino que parece una escalera de incendios. Esa torre está hecha para durar, no para gustar.

Para colmo, la ubicación que tanto peleó el comité resultó un fiasco. Terminado el paso a desnivel, la torre quedó fuera de la visión de los autos que circulan por la avenida Colosio, con lo cual se frustró el deseo de la alcaldesa Magaly de que la vieran los que llegan a Cancún. Y los autos que ingresan por la avenida Bonampak, que la verían de frente, tienen que prestar atención a la circulación de la glorieta, sin oportunidad de detenerse a contemplarla. La torre regresó a su emplazamiento original, pero las vías rápidas que la circundan la convirtieron en un monumento fantasmal.

Pese a tan desairada ubicación, en mayo del 2013 el Cabildo publicó un punto de acuerdo que, entre sus considerandos, señalaba que “de manera contundente, la Antigua Torre del Aeropuerto resume numerosos elementos vinculados a la identidad de Cancún: el entorno selvático se muestra en sus materiales; la presencia de la sabiduría maya, en su estructura; la etapa fundacional de la ciudad, en su diseño; el carácter innovador del *plan maestro*, en su función; el espíritu de los pioneros, en su historia; y la hospitalidad de la ciudad, en su pintoresca silueta”, por lo cual, “en virtud de sus méritos históricos, arquitectónicos, estéticos y culturales, se declara símbolo de la ciudad de Cancún.”



Los logotipos del Ángel.



Víctor Alcérreca.



Conchita Castro.



ARCHIVO HISTORICO DE CANCUN

Un monumento rotundo (y muy descuidado): la tercera torre.

El acuerdo también preveía que el Instituto de la Cultura y las Artes convocase a un concurso nacional, con la finalidad de crear un logotipo alusivo, que pudiera colocarse “en la papelería oficial, en las carteleras, en los desplegados de prensa, en la folletería turística, en las páginas electrónicas y en el equipamiento del Ayuntamiento”, algo similar al uso que se le da al Ángel de la Independencia en la Ciudad de México. Pero el Instituto prestó oídos sordos y el acuerdo fue a dar al repleto cajón de los olvidos burocráticos.

Concluye Jaime Valenzuela: “Lástima que lo ignoraron, porque en verdad necesitamos símbolos que nos identifiquen. Y éste es genial, de lo más hermoso y original. Que yo sepa, no hay nada parecido en ninguna parte del mundo.” ●